

debes, ¿quién puede impedirte que en la exacerbación de tu sensualidad insaciable, de tu envidia ó de tu codicia, no dispongas de ella? ¿Tan lejos está de tu casa el viaducto de la calle de Segovia, que te resignes á seguir viviendo? ¿No es el revólver la última fórmula de la felicidad que por todas partes nos sonríe?

Mas... tú, sin Dios, sin religión, sin patria y sin familia, ¿eres acaso dueño de tu vida? Los placeres que te embriagan, los vicios que te asedian, las pasiones que te devoran, ¿no son los herederos implacables de la testamentaria de tu alma? Tú, entre todos los hombres, eres el más esclavo de tu vida.

Mírese como se quiera, la vida es la propiedad que menos nos pertenece; todo nos dice que no es nuestra, y los suicidios se multiplican entre aquellos á quienes menos pertenece.

La estadística del mundo ilustrado por la civilización moderna espanta por el número de suicidios que registra; pero espanta más todavía por la causa que los ocasiona.

La ciencia ingenuamente impía que nos inficiona, hace hombres sin Dios, ciudadanos sin patria, seres sin familia, y he ahí los que se matan. Sin Dios, sin familia y sin patria, ¿qué tiene que hacer el hombre sobre la tierra?

El suicidio es el supremo absurdo, es, además, la suprema infamia; resta saber si es al mismo tiempo la suprema cobardía.



IV.

EN unos tiempos en que todo se pesa, todo se mide y todo se cotiza, es lo más natural del mundo que el valor haya pasado de los hombres á las cosas, y que, dejando de ser una cualidad moral, lo encontremos convertido en circunstancia mercantil. Parece que ha pasado la edad del valor, la edad de los héroes y la edad de los mártires, y es indudable que estamos en la edad de los valores, esto es, en la edad de las ganancias y de los capitales.

Realmente, la transformación que advertimos en el sentido de esa palabra resulta de un simple cambio de lugar; los héroes han encontrado siempre el valor en la entereza de sus corazones; los mártires en la grandeza de su fe y en el heroísmo de sus virtudes; el hombre moderno lo lleva en el bolsillo.

Hemos concedido al dinero el privilegio exclusivo del valor supremo, cuando precisamente el dinero es lo más cobarde que hay sobre la tierra; la más ligera sombra lo asusta; si lo amenazan, huye; si lo buscan, se esconde; el peligro lo aterra.

La naturaleza, que sabe dar á cada cosa lo que le pertenece, ha señalado al oro el color amarillo, como si hubiera querido marcar su frente con la palidez del espanto. Por eso no hay miedo semejante al de los que, según se dice en el lenguaje del mundo, tienen algo que perder. Me permito asegurar que la mayor parte de los hombres de bien viven muy honradamente vendidos á los cuatro cuartos que poseen; dejarán que el mundo se pierda y que el cielo se hunda, en atención á que ellos no tienen más que lo necesario para ir viviendo.

Tener algo que perder es una frase que puede ya traducirse de esta manera: haberlo perdido todo. Nadie lamenta más que los hombres de bien el desastre moral de que somos testigos; pero no han de tirar la casa por la ventana, so pretexto de que la sociedad se disloca y el género humano se envilece. Que suba la Bolsa y bajen las contribuciones, y á este precio podrán los gobiernos ir tranquilamente delante del motín para evitar desórdenes. El ciudadano honrado y pacífico de nuestros días es un ser que acaso no se deje sobornar por nadie, pero que acaba al fin por sobornarse él mismo.

La verdad lo asusta; siente miedo de tener razón, y si al acostarse murmura del estado de las cosas, de la Constitución y de las Cortes, del pueblo y del Rey, se mete al fin en la cama, pone su dinero debajo de la almohada, y duerme toda la noche á pierna suelta.

No quiero yo decir con esto que se ha extinguido en el mundo la noble raza de los héroes, y que está ya agotada la augusta familia de los mártires; no: aún tienen los Estados carne de cañón de que disponer, carne de ese héroe desconocido y siempre ignorado, que va porque lo llevan, da la vida porque se la piden, y muere porque lo matan. Vivo, es un número; muerto, es *una baja*. No quiere matar, y mata; no quiere morir, y muere. Napoleón fué más bien un genio que un héroe. Aún quedan héroes del entusiasmo y de la fe, que llevan su sangre al sacrificio como homenaje tributado á Dios y á la patria. Pelean por el templo en que rezan, por el cielo que los cubre, por la tierra que pisan, por el hogar de sus padres, por el hogar de sus hijos. No es tanto el héroe que acomete como el héroe que rechaza: no atacan, se defienden. ¿Qué esperan? ¿El triunfo?... ¿Quién sabe!... Ese es el secreto de la Providencia; sólo el Dios de los ejércitos dispone de la suerte de las armas. He ahí su esperanza cierta, pero lejana. ¿Y qué importa? Son los héroes de la reconquista, los héroes de la independencia. ¿Y qué alcanzan? Si mueren, una cruz sobre sus sepulturas; si sobreviven, las tira-

nías de la victoria, y vivos y muertos las injusticias del mundo, el honor del vilipendio y la gloria del ultraje.

Aún hay heroínas que consagran su vida á los enfermos, á los pobres, á los desamparados.... En medio de la fraternidad con que nos despedazamos, han nacido las Hermanas de la Caridad, las Hermanas de los Pobres. ¡Cruel heroísmo!.... En vez de levantar los ojos para recrearse ante el espectáculo de nuestras felicidades, los bajan para ver el triste cuadro de todas las desdichas humanas. Se alejan del mundo sin abandonarlo, y, semejantes á los rayos del sol, pasan por el lodo sin mancharse. La desgracia las atrae. Por la fuerza de una estética inexplicable, cada desventura tiene á sus ojos una belleza irresistible. Recogen en el camino de la vida los más ásperos abrojos, y dejan en pos de sí las flores de sus beneficios. Hay quien las bendice, pero hay muchos más que las calumnian; si obtienen alguna vez el respeto del mundo, sólo deben contar con su indiferencia; viven ignoradas y mueren sin nombre y sin gloria. La cobardía de nuestras comodidades no comprenderá nunca el valor de esos sacrificios.

¿Y el mártir?... ¡Bah!.... Esta gloria humana no está, por lo visto, al alcance de los ojos del mundo.... Es verdad que se aleja del tumulto de la vida civilizada, que se ha apropiado el derecho de repartir la admiración y la celebridad. No lo busquéis en los centros donde se decreta la inmortalidad y

se erigen estatuas en honor de la audacia, de la soberbia y de la fortuna; no lo busquéis aquí donde el éxito es la gloria. Para encontrarlo, hay que cruzar la soledad de los mares y dirigir el rumbo á las costas bravías de los pueblos salvajes.... Allí lo veréis sólo, descalzo, hambriento y desnudo, recorrer comarcas inhospitalarias en busca de esas gloriosas conquistas que Dios sólo concede á los esfuerzos de la humildad y de la fe. A este prodigio del valor humano lo sostiene la fortaleza de corazón y lo guía el fuego de la caridad; la cruz es su espada; no lleva sobre su cabeza el esplendor de esas coronas que hoy vemos vacilar en las sienas de todos los reyes; su corona es la corona sencilla y perpetua del sacerdote.

Va á morir, y busca á sus verdugos para darles testimonio de la verdad con el sacrificio de su vida; va á sellar con su sangre el pacto de amor que ha de unir á los hombres sobre la tierra. Sin más antorcha que la luz del Evangelio, va á iluminar las obscuridades de la barbarie. Va á dar dos veces la vida; la vida del alma y su propia vida.

No es la muerte lo que le espera, es el martirio. Va á entregarse á todos los tormentos, á todas las crueldades, á todos los escarnios, con la sonrisa en los labios y la paz en los ojos.

Predica y muere, y sus últimas palabras son el perdón de los mismos que lo martirizan, y su cuerpo despedazado queda insepulto para que sirva de pasto á las fieras, menos crueles que los hom-

bres. Para que el sacrificio sea completo, no encuentra ni siquiera sepultura.

Aún hay mártires; però el mundo no los ve, y apenas los concibe.... ¡Se vive tan bien en nuestros días!.... Si se tratara de penetrar en los misterios del Polo ó de fijar las fuentes del Nilo, la Geografía, agradecida y entusiasmada, consagraria un recuerdo honroso á la memoria de los audaces investigadores; pero un misionero.... ¡Bah!.... ¿A qué tomarse el trabajo de llevar la cruz á los pueblos salvajes? ¿No tienen bastante cruz con carecer de las delicias de la vida moderna?... Bueno que se dispongan ejércitos, y se preparen armadas para conquistar regiones que nos surtan de un té más exquisito, de un café más perfumado, de tabacos más substanciosos, de maderas preciosas y de pájaros raros....; pero misioneros, mártires.... ¡Oh! ¿Qué tenemos nosotros que ver con esas locuras del fanatismo?... Para traer, todo; para llevar, nada. Sin embargo, seamos justos: los ingleses, más generosos que nosotros, compran sus conquistas en la India á fuerza de opio. ¡Qué diferencia!.... La cruz, que es la carga más pesada que el hombre moderno puede encontrar en la vida; el opio, que es el más dulce de los venenos.

Convengamos, pues, en que no hemos nacido en la época de los mártires, porque aun cuando los hay, no los vemos; en cambio, es evidente que vivimos en la época de los suicidas. Por una contradicción, bien explicable por cierto, apenas se ocu-

rre la idea de morir, y ya no hay nadie libre de la idea de matarse. Morirse, ¡qué gran desdicha! Matarse, ¡qué gran recurso! El que se muere se desespera, y al mismo tiempo el que se desespera se mata.

Echando bien la cuenta, nos encontramos con estas dos cantidades inconciliables: pocos que quieren morir, muchos que se matan.

Entre el mártir y el suicida hay un abismo, todo el abismo del mundo moderno.

El mártir da su vida.

El suicida hace todo lo contrario, se la quita.

El primero bendice á los que lo matan.

El segundo se maldice al matarse.

El suicidio es la desesperación.

El martirio es la esperanza.

Dice el mártir: « Yo debo morir ».

Dice el suicida: « Yo quiero matarme ».

Mientras haya en el mundo un resto de civilización verdadera, será el mártir objeto de la veneración humana.

Mientras quede un destello de sentido sobre la tierra, será el suicidio objeto de horror entre los hombres.

¿Qué es el martirio?... El valor de la muerte.

¿Qué es el suicidio? Miedo á la vida.

El primero es el espíritu esforzado que se adelanta á los peligros y desafía los tormentos.

El segundo es el corazón cobarde que huye de las tribulaciones de la vida.

Ahora bien : si el martirio es el valor supremo ,
el suicidio tiene que ser la suprema cobardía.

El mártir sonríe al morir.

El suicida tiembla al matarse.

La civilización moderna , que le ha vuelto la
espalda á la gloria de los mártires , se encuentra
manos á boca con la ignominia de los suicidas. Los
valores han acabado con el valor. Al martirio se
va por el camino de todas las virtudes ; al suicidio
se llega por la pendiente de todos los vicios : he
ahí la senda que seguimos y el fin adonde vamos.
La muerte lo ha sobornado todo : las cosas mueren,
y los hombres se matan. El árbol de la libertad
parece que es el que han elegido para ahorcarse
alternativamente los pueblos y los reyes.



FRASES HECHAS